

RELIGIÓN Y MORAL EN CONTEXTO COMPARADO*

Eduardo Valenzuela

El autor comenta en estas páginas algunos de los principales resultados del informe de religiosidad comparada preparado por Carla Lehmann con datos internacionales recogidos en los estudios ISSP y WVS. Examina ciertos aspectos singulares del caso chileno en el contexto de la religiosidad latinoamericana, la excepcionalidad norteamericana en materia religiosa, la declinación de los sentimientos y hábitos religiosos en el continente europeo y algunas singularidades del comportamiento moral en las distintas áreas consideradas en el estudio.

1. **E**l mapa de religiosidad preparado por Carla Lehmann, con datos combinados del ISSP (International Social Survey Programme) y de la WVS (World Values Survey), permite identificar cuatro áreas georreligiosas principales. En primer lugar, América Latina, que aparece como un ámbito de fuertes creencias religiosas. En efecto, todos los países latino-

EDUARDO VALENZUELA C. Director del Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile.

* Comentario al informe preparado por Carla Lehmann, “¿Cuán Religiosos Somos los Chilenos? Mapa de la Religiosidad en 31 Países”. Véanse en esta edición el informe de Carla Lehmann y el comentario de Oscar Godoy.

americanos están sobre el promedio general de 2,5 en intensidad de las creencias religiosas, con datos de la WVS, y por lo que cabe a la pregunta estratégica sobre “creencia en Dios”, todos estos países están sobre el 90%, con la excepción de Uruguay, que confirma así su talante excepcionalmente laico. Chile, único país latinoamericano considerado en la encuesta ISSP, ratifica lo anterior al alcanzar un índice de creencia religiosa de 2,25 (sobre el promedio ISSP de 1,65), figurando así entre los cinco países más creyentes de la serie junto con Filipinas, Estados Unidos, Chipre e Irlanda del Norte.

La fortaleza de las creencias religiosas en Latinoamérica se corresponde con las series de la WVS sobre hábitos religiosos, que colocan a Colombia, México y Perú, e incluso a Brasil y Venezuela, entre los países con mayor asistencia semanal a servicios religiosos, muy por sobre los promedios europeos y comparables con los promedios norteamericanos, que han sido históricamente altos. La excepción la constituyen Chile y Argentina, que son países de alta creencia religiosa (índices WVS de 3,2 y 2,9, respectivamente), aun cuando sólo registran una tasa WVS de asistencia frecuente a servicios religiosos de 24% (14% según la medición ISSP para Chile). Aunque en ambos países la intensidad de las creencias no va acompañada del hábito de ir regularmente a la iglesia, no por ello esas creencias carecen de una manifestación activa como la asistencia ocasional a servicios religiosos, la peregrinación multitudinaria a santuarios marianos, el hábito de ofrecer el bautismo a los niños y de contraer un matrimonio por la Iglesia y, sobre todo, el hábito de rezar con frecuencia. Chile, por ejemplo, ocupa el quinto lugar en la serie ISSP en proporción de personas que rezan regularmente, sólo por detrás de los países más intensamente religiosos como Filipinas, Irlanda, Estados Unidos y Polonia (el 57% de los chilenos declara rezar todas las semanas o más seguido). Tampoco se trata de alguna desconfianza hacia la institución eclesial: en la serie ISSP, Chile ocupa el segundo lugar en la proporción de personas que confían en su iglesia (sólo cede ante el prestigio de la iglesia en Filipinas). La mediación eclesial de las creencias religiosas no muestra ningún deterioro empíricamente observable. ¿Por qué, entonces, no se constituye el hábito de ir semanalmente a la iglesia? Tal vez hay razones de oportunidad: los datos presentados en el informe “¿Cuán Religiosos Somos los Chilenos?” muestran la enorme disparidad que existe en la relación parroquia/habitantes en comunas de mayor y menor pobreza: 20 mil habitantes por parroquia en estratos altos contra 73 mil en estratos bajos, donde el hábito de ir regularmente a la iglesia es sensiblemente menor. Por lo demás, la estructura diocesana —y, específicamente, la institución parroquial— ha sido históri-

camente débil en Chile, en comparación con la vitalidad de las órdenes y congregaciones religiosas, las que suelen ser extremadamente activas en labores no sacramentales como la educación y asistencia social. La “inclusión institucional” de las creencias religiosas (educación en colegios religiosos o participación en obras sociales) es mucho más poderosa que la “inclusión sacramental” (oportunidad de ir regularmente a misa). Esta tradición fuertemente institucional de la iglesia en Chile (que en parte explica que no exista legalmente en Chile el divorcio vincular) contrasta con el catolicismo popular, sacramental y ritual de otros países latinoamericanos (que por lo mismo tienen tasas de penetración evangélica en estratos populares mucho más modestas que la chilena).

2. Una segunda área geográfica específica es Estados Unidos, con un índice de creencia ISSP de 2,4 y un índice ajustado a la encuesta WVS de 3,4, ocupando la segunda y tercera posición mundial en creencia religiosa en ambas series. Estados Unidos presenta puntajes extremadamente altos en todas las creencias específicas —entre ellas, las creencias relativas al cielo, infierno, vida eterna e incluso milagros religiosos (desafiando cualquier impacto secularizador de la civilización tecnológica)— y tiene la tasa de asistencia semanal a las iglesias más alta del mundo industrializado (casi un tercio de los norteamericanos asisten una o más de una vez a la semana a su iglesia). Los datos confirman la excepcionalidad religiosa norteamericana, que ha sido subrayada por muchas observaciones similares. En particular, Estados Unidos desmiente la asociación entre progreso económico y secularización, como se muestra gráficamente en el índice de creencia ISSP versus PIB, que señala que los dos países más creyentes del mundo son simultáneamente el más pobre de la serie, Filipinas, y el más rico de la serie, Estados Unidos. La impronta religiosa de la cultura norteamericana, íntimamente asociada a su origen y destino nacional (puesto que católicos y protestantes norteamericanos comparten tasas de creencia y observancia bastante similares), no muestra ningún signo de decaimiento y se sostiene en creencias y hábitos muy activos y persistentes. El último libro de Robert Putnam, *Bowling Alone*, por ejemplo, muestra que la declinación de la asociatividad norteamericana afecta severamente al compromiso cívico pero no al compromiso religioso, y se trata de una crisis de ciudadanía y de la esfera pública secular que no toca los cimientos religiosos de esa nación.

3. En su conjunto, América Latina y Estados Unidos configuran al continente americano como un ámbito intensamente religioso, en contraste con la decadencia de los sentimientos y hábitos religiosos del mundo eu-

ropeo. La división geopolítica y geoeconómica Norte-Sur desaparece abruptamente y el mapa religioso queda cruzado por el eje atlántico Este-Oeste: una América creyente por un lado y una Europa secularizada por otro. En particular, la poderosa alianza anglonorteamericana se quiebra estrepitosamente cuando se considera la dimensión religiosa. El impacto de la secularización europea se aprecia, por un lado, en los países desecristianizados por la experiencia comunista (con la poderosa excepción de Polonia), entre los que destacan Rusia (con sólo un 61% de creencia en Dios y un 4% de observancia), pero también Bulgaria, República Checa, Hungría y Alemania del Este; y, por otro lado, en los países centrales de Europa occidental, que comprenden el área protestante de los países escandinavos (Suecia, Dinamarca, Noruega), y sobre todo Inglaterra (con 68% de creencia en Dios y sólo un 14% de observancia), pero que alcanza también a Alemania Occidental (62% de creencia religiosa y apenas 8% de observancia) y muy significativamente a la llamada “hija predilecta de la Iglesia”, Francia (con un sorprendente 54% de creencia en Dios y 13% de observancia). La deserción francesa muestra que el catolicismo no es inmune a la experiencia secularizadora, a pesar de que el catolicismo europeo se sostiene fuertemente en la cuenca mediterránea, especialmente en Portugal, Italia y en menor medida en España, cuyos índices religiosos se comparan con Austria, sin contar a Irlanda, que sigue siendo el baluarte católico en la Europa del Norte. Es difícil encontrar una explicación definitiva de la secularización de Europa occidental: el fenómeno europeo está muy marcado por la experiencia de la guerra que cortó de raíz la capacidad de esas sociedades de reconocerse a sí mismas en sus tradiciones culturales, donde anida generalmente una impronta religiosa. En los países que vivieron la experiencia comunista esas tradiciones fueron deliberadamente cercenadas y las iglesias fueron condenadas institucionalmente al repliegue y al ostracismo. En muchos países europeos, en cambio, la transmisión de la experiencia religiosa, que generalmente corre de padres a hijos, se interrumpió dramáticamente en el marco de una generación de posguerra que perdió confianza y seguridad en sus propias convicciones y formación cultural. El caso ejemplar es Alemania, donde ningún padre pudo dejar realmente una huella en sus hijos después del holocausto. Pero también se aprecia en el ocaso de la vieja Inglaterra después de la descolonización y en las sucesivas heridas que recibió la hegemonía cultural francesa tras las guerras europeas del siglo pasado. América, en cambio, carece de estas experiencias traumáticas: ningún norteamericano mira con vergüenza su propia tradición y el origen religioso de esa nación está intacto, y lo mismo ocurre en América Latina, donde las raíces marianas del continente continúan vivas y siguen siendo reconocidas por la mayor parte de la población.

4. La conexión entre creencias religiosas y conservadurismo moral es bastante estrecha: de lado el caso japonés, que es un país extremadamente conservador, pero escasamente creyente (aunque seguramente debido a que las preguntas sobre creencias no tienen el mismo significado en el contexto de las religiones orientales). Los dos países americanos representados en la serie ISSP, Chile y Estados Unidos, aparecen entre los más conservadores, pero con esta diferencia fundamental: los norteamericanos tienen muy arraigado el sentido del matrimonio y de la alianza conyugal (rechazan con vehemencia la sexualidad y la convivencia prematrimonial, el adulterio y en menor medida la homosexualidad), pero son más proclives a legitimar el aborto. En contrapartida, los chilenos, y probablemente los latinoamericanos, son más severos moralmente con la filiación que con la relación conyugal: en Chile se rechaza menos que en Estados Unidos la desviación conyugal, salvo para el caso de la homosexualidad, pero aparece como un país abrumadoramente contrario al aborto (ocupa el segundo lugar mundial, detrás de Filipinas, en las dos menciones pertinentes). Así, por ejemplo, el 60% de los chilenos aprueba que “una pareja que tiene la intención de casarse viva junta primero”, contra sólo un 40% de aprobación en Norteamérica, pero el 83% y 66% rechazan el aborto por causa económica o defecto congénito, contra el 59% y 33% de desaprobación norteamericana para estos casos. No hay duda de que el impacto de una cultura intensamente mariana, que santifica la relación madre-hijo y la sitúa muy por encima de la relación conyugal, pesa en este resultado.

5. En todo el continente europeo, por el contrario, prevalecen actitudes liberales tanto en materia conyugal como de filiación —comenzando por el mundo escandinavo, donde se acepta ampliamente la convivencia no conyugal, la homosexualidad y el aborto—, que se extienden al conjunto de los países de la vertiente occidental (con la excepción irlandesa) y oriental (con la excepción polaca). Existe, no obstante, una diferencia notable entre estas dos vertientes: los ex países comunistas lideran ampliamente el reclamo de reinserción de la mujer en el hogar, como en el caso de Rusia, donde el 72% considera que “el deber del marido es ganar dinero y el deber de la mujer es cuidar de la casa y la familia”, y donde todavía el 71% considera “que la familia sufre cuando la mujer tiene un trabajo a tiempo completo fuera del hogar”. El mismo reclamo aparece en Bulgaria, Letonia, Hungría, Polonia, Eslovenia y República Checa. Es muy probable que se trate de una reacción ante la grave desorganización económica y política que experimentan los antiguos países comunistas y la expresión de una necesidad de recuperar un principio de organización social que el Estado dejó de ofrecer.

Toda la llamada “emancipación comunista de la mujer”, cuyo símbolo es la Tereshkova en el espacio, parece haberse desvanecido súbitamente ante este macizo reclamo por que Valentina vuelva a su casa. Con todo, se trata aparentemente de un conservadurismo material más que moral, puesto que los datos sobre conyugalidad y filiación se mantienen en la marca de la distensión europea.